

Vivimos del milagro. ¿Dónde está el triunfalismo español?

Querido director:

¿Qué se ha hecho de nuestro proverbial triunfalismo? Yo no digo que aquí debiéramos celebrar ahora con el mismo entusiasmo que celebrábamos antaño el nacimiento de la "niña tres millones" en Madrid o la mayor, la mejor y la más brillante acumulación mundial de divisas en las cajas del Banco de España o los triunfos sobre Europa del equipo de don Santiago Bernabéu; pero ¿por qué ha pasado tan modesta y calladamente la noticia que publica en una esquina el diario "Informaciones" y según la cual durante el año pasado hemos atravesado la barrera del sonido en cuanto a importaciones?

Si lo que el periódico de la calle de la Madera dice es exacto, y no veo por qué ha de ser puesto en duda, en mercancías importadas España, el año 1976, ha gastado más de un millón de millones de pesetas.

No sé si a la cantidad de un millón de millones se le llama—tanta es mi ignorancia en la ciencia pitagórica—billón, trillón o cómo se le llama.

Me parece una cantidad importante, en todo caso, y que por lo menos nos saca de la esfera de los "millones de millones", que ha sido estos últimos años la medida tanto de nuestros muchos éxitos como de nuestros pocos fracasos. Y de la que ya nos sentíamos fatigados.

Quizá desde ahora, señor director, nos habremos sacudido los "miles de millones" como un signo de adocenamiento, pobreza y garbancismo al que, antes de que pase mucho, no sabremos sino debelar como hemos debelado, a su tiempo, la España de Galdós con sus presupuestos de cincuenta o sesenta millones, sus sueldos de cincuenta duros y su rústico nivel, en el que era descrito como multimillonario el que tenía cinco millones de pesetillas.

¿No estaremos ahora a punto de calificar de "España de vergüenza" a la cifrada en miles de millones, desde la tribuna de los "millones de millones" como antes, desde la tribuna de los "miles de millones", calificamos a la España de "los millones"?

Nada es imposible en un país que tanto y tan rápidamente progresa, pero, sin embargo, yo he de reconocer que el hecho de que el paso de la barrera del sonido en las importaciones haya transcurrido tan silenciosamente y con tan poca bambolla me deja un tanto intranquillo, pensando si no es que la raza ha comenzado a perder, además de la dictadura, el orgullo del éxito y la satisfacción del triunfo.

¿ES QUE YA NO HAY ORGULLO?

¿Qué hacen los ministros de Su Majestad, qué hacen los periódicos, qué hace la televisión, que, al parecer, no se dan cuenta de la exaltación nacional existente en la cifra de un millón de millones de pesetas invertidas por los españoles sólo en la compra de líquidos extranjeros, como gasolina, gülsqui, vodka, leche o bebidas aromáticas, para no mencionar sólidos, cual las mermeladas inglesas, los arándanos en escabeche polacos o el caviar danés?

¿Qué hacen?

¿Es que ha sido vendido a los masones nuestro orgullo nacional?

Nadie ha dicho pío y nadie ha publicado siquiera la cifra de contrapartida para que pueda ser fijado en toda su gloriosa dimensión que, probablemente, no hay ningún otro país en el mundo que importe tanto y exporte tan poco, o dicho de otro modo, que no hay otras gentes, al menos en Europa, que, como las españolas, puedan permitirse el lujo de consumir con las manos llenas y producir con el dedo meñique; pero que para eso somos españoles, "una de las

pocas cosas serias que en el mundo se puede ser", como solía decirse, y ahora no se sabe por qué, excepto la posible venta de marras a la masonería de que habiaba más arriba, ha dejado de decirse.

¿Adónde vamos a parar así, señor director, si ya no registramos (antes parecemos avergonzarnos de ello) las picas que ponemos en Flandes?

¿Por qué no se publican al mismo tiempo que las cifras de lo que hemos gastado en importaciones las cifras de lo que, durante el año 76, hemos cobrado por exportaciones?

¿Por qué perdemos la ocasión de mostrar al mundo y exaltar a los españoles, si es verdad, como alguien que debiera estar enterado me afirma, que con lo que cobramos de las exportaciones apenas si cubrimos, por lo que al año 76 se refiere, la mitad de lo que pagamos por las importaciones, lo cual, si en cuanto a tendencia no es nada nuevo, porque hemos vivido así toda la era del Caudillo, en cuanto a proporciones, pasa de doblar las de hace cinco años y es infinitamente mayor que las de cualquiera de los otros países europeos?

VIVIR DEL MILAGRO

¿Por qué nos abstenemos de explicarles a los españoles, para que por lo menos se enteren de cuán única y cuánta es la gloria con que están arruinándose más alegremente, más efusivamente, más rápidamente y más prósperamente que ningún otro europeo? Muchos europeos se arruinan aun trabajando; pero nosotros lo hacemos sin trabajar, al parecer, si comparamos lo que producimos con lo que consumimos. Perder la ocasión de hacérselo ver a los españoles, poniendo ante sus ojos, su frente y sus narices el contraste entre lo que exportamos y lo que importamos, a mí, la verdad, me parece un tanto avaricioso, y yo, si fuera Gobierno, no perdería un momento en explicar, con números al canto, cómo los españoles, después de haber vivido diez o quince años de las remesas de los obreros fuera y del turismo, ahora de lo que viven es del milagro.

Ser el país de Europa que más importa y que menos exporta y uno de los que vive mejor (si usted lo duda, visite una cafetería, vaya al cine, pretenda atravesar Madrid con prisa a cualquier hora en cualquier vehículo, entre usted en una tienda con rebajas, visite usted mi aldea y concurra a uno de sus bailes, pregunte usted las cifras de lo que el español medio compraba en carne o en leche hace quince años y lo que compra ahora, pregunte usted no ya por el número de televisores y automóviles o neveras que antes había y que hay ahora, sino el de zapatos que gastamos cada uno), y, como digo, al mismo tiempo uno de los que vive mejor y trabaja menos, aun sin contar las huelgas, si no es un milagro, dígame usted lo que es, querido director, y por qué si los alemanes, que tuvieron que trabajar tanto y ahorrar tanto para producir el suyo de hace veinte años, están tan orgullosos de su milagro. ¿A santo de qué nosotros no nos damos ni siquiera cuenta del nuestro?

¿Es que no es más milagro el de San Isidro, el cual es el que se está repitiendo aquí, que el de los alemanes? Probablemente es que los masones son enemigos de San Isidro, y en vez de animarnos a que cantemos "hosanna", lo que hacen es echar un manto de silencio sobre nuestras merecidas alegrías, con lo que, señor director, después de pedirle perdón, quedo de usted afectísimo, amigo y seguro servidor.

Augusto ASSIA